

Hacer visible, hacerse visibles: la nación representada en las colecciones del museo. Colombia, 1880-1912*

Making visible, becoming visible: the nation represented in museum collections. Colombia, 1880-1912
Fazer visível, se fazer visíveis: a nação representada nas coleções do museu. Colômbia, 1880-1912

Amada Carolina Pérez Benavides

Maestra en Historia, El Colegio de México, México D.F.

Profesora asistente del Departamento de Historia de la Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá

Correo electrónico:

amada.perez@javeriana.edu.co

Este artículo hace parte de la investigación realizada para la tesis doctoral –en proceso de escritura– titulada “Museo, peregrinaciones y misiones: tres espacios de representación de los habitantes del territorio nacional. Colombia, 1880-1910”, dirigida por la Dra. Solange Alberro, y financiada por el Colegio de México y la Pontificia Universidad Javeriana.

Resumen

En el presente artículo se elabora una aproximación histórica al Museo Nacional de Colombia, con el fin de analizar las representaciones sobre la nación y sus habitantes que allí se exhibieron entre 1880 y 1912. En primera instancia se hace referencia a algunas de las características propias del Museo teniendo en cuenta su desarrollo en el transcurso del siglo XIX y la función social y cultural que cumplió; en segundo lugar, se estudia cómo se constituyeron sus colecciones examinando la procedencia y el tipo de piezas que ingresaron en esta etapa; a continuación se analiza la manera como se catalogaron los objetos relacionados con los pobladores y la variación de dicha clasificación durante el período, para terminar visualizando cómo se representaron segmentos específicos de población.

Palabras clave

Nación, museo, coleccionismo, historia, representación.

Palabras clave descriptor

Museo Nacional de Colombia, exposiciones, 1880-1912, colecciones, representaciones sociales, identidad nacional.

Abstract

This study is a historical approach to the National Museum of Colombia, in order to analyze the representations of the Nation and its inhabitants exhibited between 1880 and 1912. First, it refers to some of the features of the Museum, taking into account its development during the nineteenth century and the social and cultural function it fulfilled; it then studies how collections were established by examining their origin and type of object gathered at the time, discussing how objects were classified in relation to the segment population and the variation of this classification during this period. Finally, it exemplifies how specific segments of the population were represented.

Key Words

Nation, Museum, Collections, History, Representation.

Key Words Plus

Museo Nacional de Colombia, Exhibitions, 1880-1912, Collections, Social Representations.

Resumo

No presente artigo se elabora uma aproximação histórica ao Museu Nacional de Colômbia, com o fim de analisar as representações sobre a nação e seus habitantes que ali se exibiram entre 1880-1912. Em primeira instância se faz referência a algumas das características próprias do Museu tendo em conta seu desenvolvimento no transcurso do século XIX e a função social e cultural que cumpriu; em segundo lugar, se estuda como se constituíram suas coleções examinando a procedência e o tipo de peças que ingressaram nesta etapa; a continuação se analisa a maneira como se catalogaram os objetos relacionados com os povoadores e a variação de dita classificação durante o período, para terminar visualizando como se apresentaram segmentos específicos de povoação.

Palavras chave

Nação, museu, colecionamento, história, representação.

Palavras chave descriptor

Museo Nacional de Colombia, exposições, 1880-1912, bibliotecas, representação social, identidade nacional.

* Este artículo es una versión revisada de la ponencia inédita presentada en la XI Cátedra Anual de Historia: *Los colores del mestizaje*, del Museo Nacional de Colombia. Agradezco a Ana María Noguera Díaz Granados y a María Camila Díaz Casas por el apoyo en la investigación documental realizada para este proyecto y por la revisión del escrito que aquí se presenta, al igual que a Inés Yujnovsky y a Germán Alonso Ramírez por la lectura juiciosa del texto y por sus comentarios y observaciones.

Introducción

Con la emergencia de los nuevos Estados, a comienzos del siglo XIX, las élites hispanoamericanas se enfrentaron a la necesidad de ordenar la diversidad de habitantes y territorios que debían ser convertidos en una nación; emprendieron entonces la labor de organizar (en la medida en que sus escasos recursos lo permitían) expediciones científicas con el fin de explorar los territorios patrios y recoger muestras y objetos testimoniales para ser coleccionados y exhibidos.

Inmersos en la tradición cultural occidental, los criollos se apropiaron de las prácticas de saber y poder que habían empleado los europeos desde el siglo XVI, cuando con la exploración de ultramar aparecieron gabinetes de curiosidades en los cuales se exponían, tratando de adecuarlas a parámetros de clasificación definidos, las rarezas de los mundos recién descubiertos a su imaginación¹. Tales gabinetes se fueron ampliando y diversificando entre los siglos XVII y XVIII hasta convertirse en un espacio privilegiado para la experimentación, el intercambio científico y el deleite artístico. Durante las últimas décadas del siglo XVIII y en el transcurso del XIX, pasaron de ser recintos privados a convertirse en museos que se emplearon para la difusión de la ciencia y las artes y para moldear a los ciudadanos creando una imagen de nación a través de la historia y la etnografía².

No es extraño entonces que durante el primer siglo de vida independiente algunos Estados americanos hayan considerado importante la creación de museos para conservar, clasificar, estudiar y exhibir los objetos que se recolectaban en las ya mencionadas expediciones y los que habían empezado a coleccionar algunos criollos desde finales del período colonial³. En este sentido, los museos americanos del siglo XIX son un espacio privilegiado para estudiar la manera como se configuró un orden simbólico, que pretendía

sistematizar la diversidad de recursos y poblaciones a las que se enfrentaban los nacientes Estados, en tanto estaban relacionados con formas de conocimiento que buscaban establecer parámetros de clasificación⁴. Dado el principio de organización taxonómica que ha guiado la práctica del Museo como institución, lo que en él se hacía era poner en escena la nación de acuerdo con una clasificación que articulaba y normalizaba la diferencia: se trataba de hilvanar objetos variados que existían previamente dispersos y que provenían de contextos espaciales, temporales y culturales distintos, para crear una imagen de unidad que controlara la fragmentación.

Siguiendo esta propuesta interpretativa, en el presente artículo se elabora una aproximación histórica al Museo Nacional de Colombia, con el fin de analizar las representaciones⁵ sobre la nación y sus habitantes que en él se exhibieron entre 1880 y 1912⁶. En primera instancia se hace referencia a algunas de las características propias del Museo teniendo en cuenta su desarrollo en el transcurso del siglo XIX y la función social y cultural que cumplió; en segundo lugar, se estudia cómo se constituyeron sus colecciones examinando la procedencia y el tipo de piezas que ingresaron en esta etapa; a continuación se analiza la manera

1 Roland Schaer, *L'invention des musées* (París: Gallimard, 1993).

2 Ver: Carol Duncan, "Art Museums and the Ritual of Citizenship", en *Exhibiting cultures: the poetics and politics of museum display*, ed. Ivan Karp (Washington, D.C.: Smithsonian Institution Press, 1991).

3 Por ejemplo: el Museo Nacional mexicano fue fundado en 1825; el del Perú, en 1826; el Museo Nacional de Historia Natural de Chile, en 1830; en Argentina empezó a funcionar el Museo Antropológico y Arqueológico de Buenos Aires en 1877 y en 1889 el Museo Histórico Nacional.

4 Sobre el papel de los museos en la creación de las naciones en América Latina ver: Luis Gerardo Morales, *Orígenes de la museología mexicana. Fuentes para el estudio histórico del Museo Nacional, 1780-1940* (México: Universidad Iberoamericana, 1994) y Mónica Quijada, "Ancestros, ciudadanos, piezas de museo. Francisco P. Moreno y la articulación del indígena en la construcción nacional argentina (siglo XIX)", *Estudios interdisciplinarios de América Latina y el Caribe* 9, no. 2 (1998), http://www.tau.ac.il/eial/IX_2/quijada.html

5 Este concepto se está utilizando para hacer referencia a las formas de enunciar y visualizar la realidad teniendo en cuenta que en la representación está presente una doble operación transitiva y reflexiva: la primera consiste en traer como memoria y como idea los objetos ausentes a través de imágenes, palabras o gestos y, la segunda, se trata de exhibir la propia presencia, de autorrepresentarse. Teniendo en cuenta esta doble operación que está implícita a la hora de representar, la propuesta analítica apunta no sólo a estudiar los contenidos que se enuncian o visualizan en las representaciones, sino también los efectos de sentido que producen las formas, los medios y los procedimientos que se utilizan a la hora de crear representaciones. Ver: Roger Chartier, "Marin, el discurso y la imagen. Poderes y límites de la representación", en *Escribir las prácticas. Foucault, de Certeau, Marin* (Buenos Aires: Manantial, 1996), 73-99.

6 El Museo Nacional fue fundado en 1823. A partir de sus colecciones se formaron diferentes museos en el siglo XX, entre los que encontramos: el Museo de Arte de la Escuela Nacional de Bellas Artes (1903), la Casa Museo Quinta de Bolívar (1919), el Museo de Arte Colonial (1942) y el Museo del 20 de Julio (1960).

como se catalogaron los objetos relacionados con los pobladores y la variación de dicha clasificación durante el período, para terminar visualizando cómo se representaron segmentos específicos de población.

El Museo como espacio institucional

El 28 de julio de 1823 se promulgó el decreto de creación de un museo y una escuela de minería en Bogotá, con el fin de promover las ciencias. La idea era crear un instituto de historia natural en el que se reunirían piezas de los tres reinos naturales recolectadas en expediciones organizadas para tal fin⁷. Sin embargo, ya en su inauguración el 4 de julio de 1824, el Museo contaba con una momia encontrada cerca de Tunja y en 1825 se remitieron otros objetos curiosos como la medalla realizada por el Congreso colombiano en honor a Bolívar, las banderas españolas de los cuerpos vencidos en Ayacucho y el estandarte con el que Francisco Pizarro conquistó al Perú en 1533, enviados estos últimos por el General Antonio José de Sucre al Gobierno de Colombia, que ordenó colocarlos en el establecimiento en cuestión⁸.

Así, el museo de historia natural se convertía en una entidad en la que además de las muestras naturales, se empezaban a albergar los objetos provenientes de la Campaña Libertadora ya fueran éstos antigüedades, como el manto de la esposa de Atahualpa, o piezas conmemorativas como la corona que le presentó el pueblo de Cuzco a Bolívar⁹. Se ponía entonces en escena la gloria de la nación representada por los trofeos de guerra que estaban obteniendo las tropas patriotas en su campaña. Luego, con la donación de una taza de loza fabricada por la Compañía de Industria Bogotá, en 1834, se completaría el carácter que

tendrían las colecciones del Museo hasta bien entrado el siglo xx: antigüedades indígenas¹⁰, piezas históricas, objetos de historia natural y muestras representativas de los adelantos del país. En fin, un escenario donde se exhibían los rasgos característicos de la nación tanto en lo referente a su pasado, como a sus posibilidades de progreso hacia el futuro.

En el período que va desde 1830 hasta 1880 el Museo fue objeto de múltiples reformas y cambios continuos de sede que afectaron notoriamente sus colecciones. Los diferentes gobiernos del período en cuestión no mantuvieron una política de largo aliento con respecto al establecimiento y aunque, en algunos casos, lo utilizaron para rendir honores a héroes particulares de la Independencia o de alguna de las guerras civiles¹¹ y, en otros, sirvió como depósito de los objetos que se recogieron en expediciones gubernamentales como la Comisión Corográfica, el problema presupuestal y la agitada situación pública lo mantuvieron al borde de la extinción.

Durante el gobierno de los liberales radicales (1863-1878) se planteó la necesidad de reorganizar el Museo y de elaborar catálogos detallados de sus colecciones. Algunos, como Manuel Ancízar, proponían darle “el carácter de etnológico, además del histórico que ya tenía, mediante la adquisición de cráneos, momias, armas i artefactos de los aborígenes, clasificados por razas i tribus con la conveniente leyenda en cada grupo i en el catálogo”¹². Ancízar aludía a un tipo de colecciones marcadas por el saber de la etnología y centradas en el estudio de los tipos físicos de los indígenas (cráneos y momias) y en sus costumbres (armas y artefactos); la estrategia de clasificación que formulaba daba cuenta de la idea

7 Para un estudio detallado del proceso de conformación del Museo Nacional ver: María Paola Rodríguez Prada, “Origen de la institución museal en Colombia: entidad científica para el desarrollo y el progreso”, *Cuadernos de Curaduría*, no. 6 (enero-junio del 2008). <http://www.museonacional.gov.co/inbox/files/docs/Aproximacionalahistoria06.pdf>

8 Martha Segura, *Itinerario del Museo Nacional de Colombia 1823-1994* (Bogotá: Museo Nacional de Colombia, 1995), Vol. 1, 52-59.

9 Estos dos objetos ingresaron a la colección en 1826. Ver: Segura, *Itinerario del Museo Nacional*, 61- 62.

10 Para una reflexión sobre la recolección y el lugar de las antigüedades indígenas en la colección del Museo entre 1823 y 1893, ver: Clara Isabel Botero, *El redescubrimiento del pasado prehispánico en Colombia: viajeros, arqueólogos y coleccionistas, 1820-1845* (Bogotá: ICANH - CESO, 2006), 101-138.

11 Por ejemplo: en 1847, bajo el gobierno de Tomás Cipriano de Mosquera, se ordenó exaltar la memoria de los granadinos que hicieron la Campaña de Venezuela colocando en el Museo Nacional sus retratos, y en 1854 el General Melo mandó exhibir en el Museo un retrato del General Franco, quien había muerto en la guerra civil.

12 Manuel Ancízar, “Informes de Comisiones”, *Anales de la Universidad V*, no. 25, (1871): 9. Citado en Segura, *Itinerario del Museo Nacional*, 126.

de una representación diferenciada de los habitantes del país. Se trataba pues de un sistema de representación que respondía a la necesidad de ordenar y jerarquizar lo diferente y que coincidía con la que se había puesto en juego en la Comisión Corográfica y en géneros literarios y pictóricos como el costumbrismo¹³.

En el afán por reorganizar el Museo el Secretario de Instrucción Pública firmó –en 1880– un contrato con Fidel Pombo para dar inicio a la catalogación: Pombo se haría cargo de los objetos de historia natural, Genaro Balderrama de la sección botánica y Saturnino Vergara de la historia patria, arqueología y pinturas. El catálogo fue publicado en 1881 con el nombre de *Breve guía del Museo Nacional* y su importancia radicaba en el carácter público que éste tenía, pues así viajeros extranjeros y visitantes nacionales podrían conocer las colecciones; el objetivo era generar un reconocimiento del patrimonio que albergaba el Museo y fomentar el interés de los nacionales por conservarlo y enriquecerlo. Otra de las estrategias para alcanzar tal objetivo fue la impulsada por Ricardo Becerra, secretario de Instrucción Pública durante el primer mandato de Rafael Núñez, quien envió a los gobiernos de los Estados un comunicado en el que se solicitaba su participación en el enriquecimiento del Museo, aclarando el tipo de objetos que debían privilegiarse:

Ruego á usted que dé la preferencia, entre tales objetos, á los siguientes, á saber:

- 1°. Los que representen las razas de nuestro país i su estado de civilización anteriores á la conquista, i muy particularmente aquellos que sirvan para establecer los problemas aún oscuros de la etnografía colombiana;
- 2°. Los del período colonial, tanto más interesantes cuanto que lo que á él se refiere i da idea del espíritu que en él dominó, está á punto de desaparecer por completo, remplazándolo, en formas de transición, aquello que con un mayor transcurso del tiempo representará genuinamente el movimiento político que nos hizo nación;
- 3°. Los mineralógicos, con mención de la localidad en que han sido recogidos i de las condiciones

económicas de esa localidad, á fin de que los extranjeros que visiten nuestro Museo puedan llevar datos que tal vez no sean estériles para la posterior explotación industrial de las riquezas de este suelo;

4°. Los de historia patria, entendiéndose por tal, no la de nuestras desastradas guerras civiles, sino la del gran período en que, para conquistar independencia i derecho de Gobierno propio, desplegaron nuestros padres virtudes verdaderamente heroicas. Ojalá podamos reunir en el Museo las armas que usaron en la guerra de Independencia nuestros más afamados caudillos, así como algunos manuscritos de los sabios i estadistas que, como hombres de ciencia ó como apóstoles i tribunos, fueron el alma de nuestra revolución¹⁴.

La organización que planteaba Becerra en su comunicado visualiza la manera como se estaba perfilando la clasificación de la colección: antigüedades indígenas, objetos coloniales, historia patria y mineralogía. Según tal propuesta, los objetos indígenas harían posible aproximarse a las diferentes razas anteriores a la conquista y esclarecerían los problemas de la etnología colombiana; las piezas coloniales permitirían recordar el espíritu de una época que estaba llegando a su fin; los relacionados con la historia patria conmemorarían la memoria de caudillos, sabios y estadistas y los objetos mineralógicos estarían encaminados a fomentar la explotación futura de las riquezas nacionales.

Lo interesante de la nota de Becerra es que en ella está implícita una forma de entender el pasado expresada alrededor de la manera como se concebían los objetos patrimoniales. A partir de tal concepción se daba un primer paso hacia el proceso de territorialización de la memoria histórica porque, aunque los indígenas se consideraran como otras razas y el espíritu colonial como algo que estaba llegando a su fin, lo que denota dicha explicación es que el pasado indígena, el período colonial, la historia patria e incluso la explotación de las riquezas en un futuro se hallaban en proceso de englobarse en una colección que pretendía dar testimonio de lo nacional. Además, al aclarar la forma como debía entenderse la historia

13 Para una reflexión sobre el tipo de imaginario de nación que se configuró alrededor de la Comisión Corográfica ver: Olga Restrepo, "Un imaginario de la nación: lectura de las láminas y descripciones de la comisión corográfica", *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* 26 (1999): 30-58.

14 Ricardo Becerra, "Enriquecimiento del Museo Nacional (Circular los Estados)", *Documentos*, Archivo General de la Nación (AGN en adelante), Sección República, Fondo Secretaría de Instrucción Pública, 1881, f. 110. Citado en: Segura, *Itinerario del Museo Nacional*, 142-143.

patria, se buscaba dejar de lado aquellas referencias a las guerras civiles, para conciliar en el pasado las facciones que se pretendían acabar en el presente. Se querían rescatar las virtudes heroicas, la valentía y la producción intelectual de los prohombres de la Independencia, en la medida en que estos valores servían para la formación de los nuevos ciudadanos.

Con la compra hecha a coleccionistas como Pereira Gamba y Alberto Urdaneta¹⁵, los objetos que empezaron a llegar provenientes de los diferentes departamentos, los donados por los particulares y las piezas recolectadas en el ámbito de la Comisión Científica Permanente (creada por el Gobierno Nacional en 1881), la colección del Museo creció notablemente y empezó a tener una mayor relevancia en la vida nacional. Entre 1884 y 1901, el conservador del Museo fue Fidel Pombo, quien se dedicó a promover las donaciones de particulares utilizando las redes familiares y científicas de las cuales hacía parte y encargándose de publicar en el *Diario Oficial* dichas donaciones. En las acciones emprendidas por Pombo, así como en sus escritos, se puede observar la configuración de una idea de patrimonio que apuntaba a preservar los objetos que tenían algún valor científico o histórico, para así fomentar el estudio de lo propio.

Si bien el Estado durante este período tuvo una política vacilante frente al Museo y no fue posible la construcción de un edificio que le diera albergue a las colecciones ni la asignación de un presupuesto considerable para nuevas adquisiciones, algunos decretos permitieron reglamentar la institución, y en ellos se manifestó la intención de convertirlo en un espacio para la instrucción pública y de darle el estatuto de garante de la conservación del patrimonio¹⁶. Así, a pesar de las carencias presupuestales y las disputas con varios

funcionarios estatales, Pombo logró aumentar y conservar la colección convirtiendo al Museo en una entidad que inspiraba confianza en los donantes y en las dependencias del Estado a las que este director pidió la remisión de objetos¹⁷, convirtiendo la colección del Museo en la más importante que tenía el país para la época.

Durante la primera década del siglo xx el Museo se consolidó como una institución cultural. Por una parte, tuvo una relación estrecha con establecimientos especializados como la recientemente creada Academia de Historia de Colombia y la Escuela de Bellas Artes, y, por otra, estableció relaciones con entidades afines en Estados Unidos, Europa y América Latina, las cuales permitieron la especialización de sus funciones.

En 1904, el Ministro de Instrucción Pública reglamentó la labor de la institución indicando que en ella sólo debían existir los objetos de verdadero valor histórico y científico¹⁸, con lo cual se consolidaba la necesidad de seleccionar las piezas que llegaban y de conservar únicamente las que fueran valiosas para los fines que el establecimiento perseguía. La idea era que el Museo pasara de ser un gabinete de curiosidades en el que reposaban todo tipo de objetos, a convertirse en un centro en el que se conservaran las piezas originales que, desde la percepción de ciertos grupos de letrados, eran fundamentales para representar la nación.

En 1910 el militar e historiador Ernesto Restrepo Tirado se posesionó como director, cargo que ocuparía hasta 1920. Con Restrepo se inauguró una nueva etapa del Museo caracterizada por un aumento sostenido y sistemático de las colecciones de historia y arqueología. Entre sus primeras acciones estuvieron la realización de una convocatoria nacional para enriquecer el acervo del Museo a través del envío de mil ejemplares de una circular dirigida a varias entidades de la República en la que se pedía la remisión de piezas valiosas, y de solicitudes hechas a particulares

15 En 1887 el Gobierno decide comprar la colección de Urdaneta conformada principalmente por objetos de arte y antigüedades indígenas.

16 En el Decreto 1.238 de 1892 se estipulaba que al Museo se le debía proveer de un local y un mobiliario apropiado, así como de dos funcionarios permanentes. De la misma manera, se pensaba activar la recolección de los productos naturales del país y de los objetos relativos a la Historia Patria. Ver: "Decreto 1238, orgánico de la Instrucción pública, secundaria y profesional", *Diario Oficial*, no. 8690 (1892). Citado en Segura, *Itinerario del Museo Nacional*, 178.

17 Para algunos ejemplos del tipo de objetos que Pombo pedía se pueden consultar las siguientes cartas de solicitud de remisiones: Archivo Histórico del Museo Nacional (en adelante AHM), 1888, Tomo 0, Docs. 19, 20, 27 y 36; y 1893, Tomo 1, Doc. 2.

18 "Decreto No. 491 por el cual se reglamenta la Ley 39 de 1903", *Diario Oficial*, no. 12.123 (1904). Citado en: Segura, *Itinerario del Museo Nacional*, 200.

que poseían objetos que podrían ser interesantes para el Museo, en especial para la sala de gobernantes de Colombia. En la circular enviada a las autoridades regionales, Restrepo Tirado pedía:

Cuantos objetos puedan conseguir, ya sean referentes a las tribus indígenas ó a la Colonia, i especialmente a la época gloriosa de nuestra Independencia; muestras, aún cuando sean aisladas de los variados productos de la fauna, de la flora i del reino mineral, con especificaciones del lugar de su procedencia i nombre del donante¹⁹.

Para el final de la década de 1910, y después de varios años de actividad de la Academia Colombiana de Historia, el proceso de territorialización de la historia patria que se insinuaba ya desde el final del siglo XIX se estaba completando y los objetos asociados con ésta se privilegiaban sobre los que tenían que ver con la historia natural. Por otra parte, la función social del Museo estaba en un proceso de cambio y aunque seguía siendo un instituto de enseñanza pública, para personajes como Pedro María Ibáñez dicho establecimiento debía sobre todo *despertar el amor a la patria*²⁰.

Hasta los de ruana y sombrero de jipijapa: el Museo y sus visitantes

Tenemos noticias de que el Museo estaba abierto para los visitantes extranjeros gracias a la alusión realizada por el viajero August Le Moyne en 1828²¹. En cuanto al público general, el primer documento en el que se hace referencia a los días de visita es uno de 1833, en el que se señalaba que éstos eran los segundos y los últimos domingos de cada mes entre las once de la mañana y las dos de la tarde²².

En las décadas siguientes el Museo estuvo abierto al público por algunos períodos, pero sólo hasta 1868 se estipuló que dentro de las funciones de su encargo estaba abrirlo una vez por semana, todos los jueves, de diez a dos de la tarde²³. Al

parecer el horario de los jueves se mantuvo por algún tiempo; en 1881 el conservador del Museo –José Caicedo Rojas– declaraba, en el informe sobre la marcha del establecimiento, que durante el mes y medio que llevaba en su cargo “los días de atención al público han vuelto a ser los jueves i domingos, por espacios de dos horas, con una asistencia total de 150 a 200 personas²⁴.”

El mismo Caicedo en una carta publicada en *Papel Periódico Ilustrado* reseñaba la labor pedagógica que cumplía con los visitantes. Para este letrado uno de las funciones del Museo era transmitir la gloria de los antepasados a través de las piezas que albergaba; sin embargo creía que la entrada a dicho recinto debía ser restringida e incluso amenazó con cerrarlo si no se garantizaban el orden y la seguridad de la colección²⁵. De acuerdo con Caicedo, los visitantes por excelencia debían ser los forasteros, los extranjeros y las personas honorables²⁶. No obstante, notificaba que durante los primeros diez meses de 1883 el establecimiento había tenido 1.666 visitantes, que él dividía por grupos sociales de acuerdo con su fisonomía:

El Museo ha sido visitado (...) por multitud de personas de todas clases, condiciones, sexos i edades: desde el extranjero ilustrado i el hombre de estudios, hasta los alumnos de los colegios i escuelas primarias; desde la matrona, la señorita elegante i el petimetre sahumado, hasta la ruana i el enorme sombrero de jipijapa del artesano i del hombre del campo²⁷.

Aunque se le daba privilegio a un grupo reducido de personas, la práctica de visita al Museo parece haberse extendido a sectores como los estudiantes, las mujeres e incluso el artesanado y los campesinos. No es posible tener una idea de cuál era el porcentaje por grupos sociales del público que llegaba al Museo, pero es diciente que sus pasillos fueran recorridos por representantes de extracciones sociales diversas; tal vez el que

19 Citado en Segura, *Itinerario del Museo Nacional*, 215.

20 Pedro María Ibáñez, “Prólogo”, en *Catálogo del Museo de Bogotá*, Ernesto Restrepo Tirado (Bogotá: Imprenta Nacional, 1912), I.

21 Ver: Augusto Le Moyne, *Viajes y estancias en la América del Sur. La Nueva Granada, Santiago de Cuba, Jamaica y el Istmo de Panamá, 1828* (Bogotá: Ministerio de Educación Nacional, 1945), 118- 119. Citado en: Segura, *Itinerario del Museo Nacional*, 71.

22 Ver: *Gaceta de la Nueva Granada* [Bogotá], 1833, no. 80, 344.

23 *Anales de la Universidad* [Bogotá], 1868, Tomo 1, no. 1, 63. Citado en: Segura, *Itinerario del Museo Nacional*, Vol. 1, 113.

24 José Caicedo Rojas, “Informe sobre la marcha del establecimiento presentado al Secretario de Instrucción Pública”. Citado en: Segura, *Itinerario del Museo Nacional*, Vol. 1, 149.

25 Así se puede observar en: AGN, Fondo Secretaría de Instrucción Pública, 15 de abril de 1882, Tomo 12, f. 86. Citado en: Segura, *Itinerario del Museo Nacional*, Vol. 1, 152.

26 José Caicedo Rojas, “Informe del Conservador del Museo Nacional al Secretario de Estado en el Despacho de Instrucción Pública”, *Documentos*, AGN, Sección República, Fondo Secretaría de Instrucción Pública, 15 de noviembre de 1883, f. 60.

27 Caicedo, “Informe del Conservador”, 60.

su estrategia de comunicación no fuera exclusivamente letrada, permitía el acercamiento a un público más amplio del que tenían otros dispositivos culturales como los impresos. Si se tiene en cuenta que para la época Bogotá contaba con unos 84.723 habitantes²⁸, un promedio de casi 2.000 visitantes al año era significativo.

Atendiendo a la diversidad de visitantes que tenía el Museo, Fidel Pombo ideó una estrategia de segmentación del público:

Procurando que la sesión de los jueves se consagre principalmente á los estudiantes de los Colegios i personas que quieren hacer observaciones con más atención i tranquilidad, pues las sesiones del sábado son generalmente muy concurridas por toda clase de personas, i á penas hay facilidad de atender debidamente á todas, sin descuidar la necesaria vigilancia para el orden i el respeto usuales²⁹.

Por una parte, Pombo consideraba que uno de los grupos a los que se les debía prestar mayor atención era el de los estudiantes, lo cual nos lleva a pensar en la función pedagógica del Museo como espacio de conocimiento en el que se ejemplificaban los contenidos aprendidos en la escuela. Por otra, reiteraba la afirmación de Caicedo con respecto al tipo de público: el Museo era visitado por toda clase de personas y no sólo por notables e ilustrados, entre otras cosas porque la entrada era gratuita.

Otra de las misiones centrales del Museo era, como ya se había planteado, la glorificación de la historia nacional y de sus prohombres por lo cual no es extraño que el Ministerio de Instrucción Pública solicitara que el establecimiento estuviera abierto en días patrios como el 20 de julio³⁰ y que sus objetos fueran prestados para festividades cívicas y militares³¹ o para ser reproducidos en libros de historia³². A pesar de lo perjudicial que resultaban estas prácticas para la conservación de las obras, a través de ellas era posible la circulación de las piezas pues no era necesario asistir al Museo para conocerlas: podían verse en

plazas públicas, desfiles y salones privados, o en impresos.

Así, durante el período comprendido entre 1880 y 1912, algunos de los objetos que conformaban las colecciones del Museo Nacional eran reconocidos como patrimonio por aquellos que recorrieron sus salas o que los vieron en fiestas, conmemoraciones e impresos. Además, la práctica de visita al Museo se había consolidado y para 1909 se habían ampliado los horarios de atención al público (todos los días no feriados de 10 a 11 a.m. y de 2 a 4 p.m.).

Para esta última época, se mantenía todavía una división de los públicos, privilegiando ahora a un grupo más amplio de personas con intereses científicos o académicos como los profesores y alumnos de las Facultades de Ciencias, Artes e Historia, los miembros de corporaciones relacionadas con dichas áreas, los alumnos de cualquier instituto de educación y los viajeros. Por su parte, el resto del público podía asistir los martes, jueves y sábados de 2 a 4 p.m. tal como lo dictaba el decreto 668³³. Además, en el mismo decreto se estipulaba que una vez el Museo fuera trasladado a un local adecuado se empezaría a cobrar la entrada exceptuando a las personas con intereses científicos y académicos y dejando un día semanal de entrada libre; con esto se creaba un nuevo filtro para restringir el acceso de ciertos sectores sociales, mientras que se privilegiaba a la recientemente ampliada red de letrados.

Hacer visible / Hacerse visibles: la entrada de nuevos objetos a la colección

La relación de los ciudadanos con el Museo no se limitaba a la posibilidad de visitarlo o de conocer los objetos que éste conservaba por medio de festividades públicas e impresos, pues a través de las donaciones un número considerable de personas entró en contacto con la institución; en el archivo histórico de ésta reposan una gran cantidad de cartas provenientes de habitantes de diferentes regiones del territorio nacional a través de las cuales se remitieron un sinnúmero de piezas de variada naturaleza. En el apartado que

28 Francisco Javier Vergara y Velasco, *Almanaque y guía ilustrada de Bogotá para el año de 1881* (Bogotá: Imprenta de Ignacio Borda, 1881), 188.

29 Fidel Pombo, "Informe del Director del Museo Nacional al Ministro de Instrucción Pública", *Documentos*, AGN, Sección República, Fondo Secretaría de Instrucción Pública, 10 de junio de 1890, f. 84.

30 Ver: AHM, 1893, Tomo 1, Doc. 9; y 1896, Tomo 1, Doc. 12.

31 Ver: AHM, 1902, Tomo 2, Doc. 7; 1903, Tomo 2, Doc. 9.

32 Ver: AHM, 1894, Tomo 1, Doc. 21.

33 Ver: AHM, 1910, Tomo 2, Doc. 40.

se presenta a continuación se estudian los objetos que ingresaron a la colección entre 1880 y 1912 con el fin de analizar la manera como se constituyó una forma particular de representación de lo nacional, prestando especial atención a lo referente a los pobladores.

Las secciones del Museo

La división en tipos que se ha hecho para esta investigación responde a las estrategias taxonómicas que se desarrollaron en la institución –las que, cabe anotar, no se mantuvieron estables durante el período estudiado–, y permite elaborar una imagen de lo que fue la colección entre 1880 y 1912³⁴. De las 543 piezas que ingresaron

a la colección en este período las secciones que primaron fueron las de historia natural e historia patria, seguidas por la de objetos indígenas, mientras que las de curiosidades, publicaciones, numismática, artefactos y retratos tuvieron una importancia menor. En el gráfico 1 se aprecia el énfasis que se le daba a ciertas secciones no sólo por parte de los administradores sino desde la perspectiva de los mismos donantes.

Un 35% de los objetos que ingresaron era de historia natural, lo cual permitiría inferir que la institución continuó siendo principalmente un instituto de ciencias naturales. Sin embargo, al hacer la segmentación de los mismos porcentajes por décadas (1882-1891 / 1892-1901 / 1902-1912)³⁵, tal como aparece en los gráficos 2, 3 y 4,

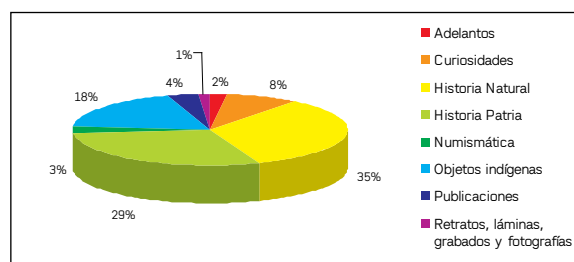


Gráfico 1. Objetos por tipo 1880-1912: elaborado por la autora a partir de la información obtenida en el Archivo Histórico del Museo Nacional.

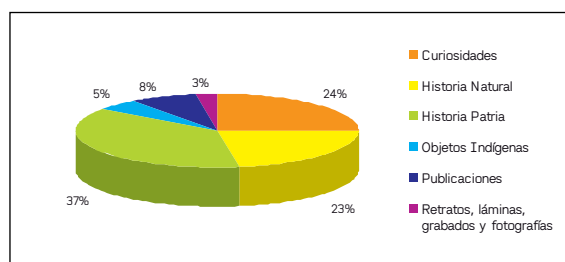


Gráfico 3. Objetos por tipo 1892-1901: elaborado por la autora a partir de la información obtenida en el Archivo Histórico del Museo Nacional.

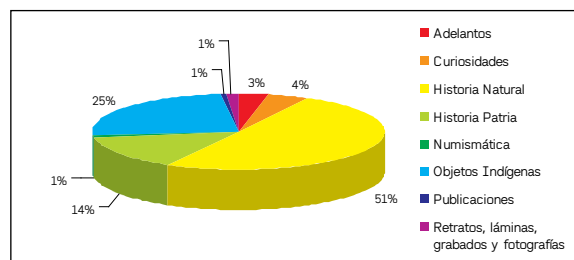


Gráfico 2. Objetos por tipo 1882-1891: elaborado por la autora a partir de la información obtenida en el Archivo Histórico del Museo Nacional.

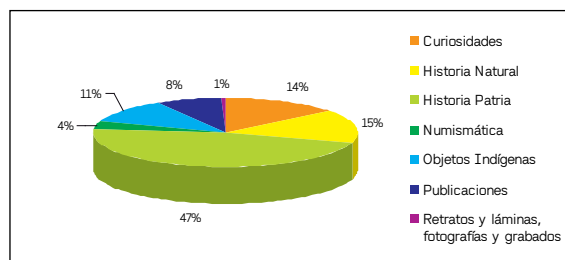


Gráfico 4. Objetos por tipo 1902-1912: elaborado por la autora a partir de la información obtenida en el Archivo Histórico del Museo Nacional.

34 Partiendo de la información recogida en el Archivo Histórico del Museo se realizó una base de datos conformada por los 543 objetos, cuyo ingreso a la colección en el periodo señalado es posible constatar, ya sea por las cartas de donación, las órdenes de remisión o los recibos de adquisición. Dicha base de datos consta de cinco divisiones temáticas: año de ingreso, información sobre el objeto, forma como se incorporó a la colección, lugar de origen y lugar de envío. La clasificación en tipos se hizo de acuerdo con las directrices generales a través de las cuales se organizó el Museo (artefactos nacionales; curiosidades; historia natural; historia patria; numismática; objetos indígenas; publicaciones; retratos y láminas, grabados y fotografías) aunque dichas clasificaciones variaron de una etapa a otra y no fueron sistemáticas. En cuanto a la división por departamentos, se respetó la organización política que tenía el país en las décadas que se estudian: nueve

departamentos (Antioquia, Bolívar, Boyacá, Cauca, Cundinamarca, Magdalena, Panamá, Santander y Tolima), y unas zonas que éstos habían cedido al Gobierno Nacional denominadas territorios nacionales (Bolívar cedió San Andrés y Providencia; Boyacá a Casanare; Cundinamarca a los Llanos de San Martín; Magdalena a la Guajira, la Sierra Nevada y los Motilones, y Santander al Opón). Además, Bogotá, aunque no era un departamento, se incluyó por separado debido a la importancia que tuvo como lugar de envío, remisión y adquisición de las piezas.

35 Se decidió adoptar esta división por décadas en tanto que en cada período los años efectivos de ingreso de objetos que hubieran quedado registrados en el AHM serían aproximadamente siete, a excepción del último período que tiene nueve. Además, es importante anotar que los índices de mayor recepción de objetos se registraron en la primera década (1882- 1901) y en los años de 1910, 1911 y 1912.

se aprecia que las piezas de historia natural fueron perdiendo importancia con respecto a las de otras secciones, en especial a la de historia patria, lo cual confirma que la institución, hacia el final de la década de 1910, estaba en proceso de convertirse en un museo histórico por excelencia. Por su parte, el ingreso de piezas indígenas fue bastante irregular; mientras que de 1882 a 1891 representaban el 25% de los objetos que entraron, en el período siguiente (1892-1901) apenas eran el 5% y en la primera década del xx el 11%, de manera que en relación con tales objetos no es posible establecer una tendencia clara pues su llegada al establecimiento dependía, en buena medida, de iniciativas de personajes particulares como el escritor Jorge Isaacs, quien envió la mayoría de las piezas correspondientes a esta clasificación en la primera etapa³⁶.

En cuanto a la clasificación en subtipos, en lo que se refiere a la sección de historia patria los resultados son interesantes (Tabla 1) pues de las piezas que ingresaron al Museo predominaron las que aludían a la Independencia (39%) y a la República (23%), mientras que las referentes a la Conquista y la Colonia sumaban un 22%, que es relativamente poco si se tiene en cuenta que los objetos relacionados con Bolívar representaban un 13% del total de los que entraron al establecimiento en la etapa de estudio. Así, la historia que se puso en escena en el Museo fue fundamentalmente la de la gesta de Independencia, que era concebida como el mito fundacional de la nación y que representaba la idea de un pasado glorioso. Sin embargo, no se puede perder de vista que los límites entre el período de independencia y el republicano no eran del todo claros.

Colonia	28	18%
Conquista	7	4%
Independencia	62	39%
República	36	23%
Simón Bolívar	21	13%
General	4	3%
Total	158	100%

Tabla 1. Objetos de Historia patria clasificados por subtipos:
elaborada por la autora a partir de la información obtenida en el Archivo Histórico del Museo Nacional.

En lo que a los objetos indígenas se refiere, no se hacía una diferenciación entre las piezas arqueológicas y las etnográficas. Todas eran clasificadas como objetos de *tribus* del territorio nacional, y eran representados como unos *otros* dentro de la nación, por lo menos por algunos intelectuales regeneradores como Monseñor Carrasquilla, para quien el pasado indígena no hacía parte de la memoria de la patria.

Dos cosas forman la patria: el suelo en que vivimos i la raza á que debemos nuestro origen; i más cerca nos pertenece el linaje que el territorio. Más satisfacción nos causa á nosotros el recuerdo de las glorias españolas que el de las hazañas de cualquiera de los caciques que mandaron en estas tierras antes de descubiertas por Colón³⁷.

Desde esta perspectiva la *raza* a la que la patria debía su origen era la española y no la indígena y aunque se compartía el territorio con estos pueblos, como la filiación por linaje primaba sobre la idea de territorio, los indígenas del pasado quedaban en los márgenes de la nación: al pertenecer a otro linaje, no hacían parte de la historia patria. En este sentido, y dadas las características de la clasificación de los objetos que ingresaban al Museo, la representación de la historia nacional que se configuró durante las últimas décadas del siglo XIX establecía una diferenciación tajante entre lo indígena y la historia patria: lo indígena clasificado con el adjetivo de antigüedades (como lo analizaremos más adelante) y la historia patria como parte de un episodio de la *raza latina*, tal como lo argumentaban Miguel Antonio Caro y algunos de sus contemporáneos³⁸.

³⁶ Isaacs remitió 60 de los 86 objetos indígenas que llegaron al Museo entre 1882 y 1891 y aunque él formaba parte de la Comisión Científica Permanente organizada por el Gobierno Nacional en 1881, lo que afirma en el estudio que escribió como producto de su trabajo en dicha Comisión es que el interés del Estado por la expedición se perdió a menos de un año de iniciada y que buena parte de los objetos y los datos registrados por él fueron producto de su iniciativa personal. Ver: Jorge Isaacs, *Las tribus indígenas del Magdalena* (Bogotá: Ediciones Sol y Luna, 1967). Publicado por primera vez en la revista *Anales de Instrucción Pública* (1884), 9-17.

³⁷ Rafael María Carrasquilla, *Sermones de discursos escogidos* (Bogotá: Kelly, 1953).

³⁸ Para un análisis del concepto de *raza latina* ver: Amada Carolina Pérez, "Los conceptos de raza, civilización e historia en la obra de Miguel Antonio Caro: la articulación de un modelo de representación sobre los habitantes del territorio nacional", en *Biblioteca*

El Museo y su relación con las regiones del territorio nacional

De los 543 objetos que entraron a la colección, 383 fueron donaciones hechas por particulares, 106 remisiones provenientes de instituciones oficiales y 54 adquisiciones, así que, en buena medida –y a diferencia de lo que ocurrió en la conformación de buena parte de los museos nacionales americanos– el Museo fue conformado por lo que los particulares consideraban relevante para ser conservado y exhibido en este recinto. Como se había señalado, el Gobierno Nacional hizo diferentes llamados a los departamentos y a los ciudadanos para que colaboraran en el enriquecimiento de las colecciones y algunos directores, como Pombo y Restrepo, no sólo propiciaron que el Estado hiciera este tipo de convocatorias sino que en muchos casos se dirigieron expresamente a particulares pidiéndoles objetos que les interesaban puntualmente. Sin embargo, aunque el Gobierno y los funcionarios de la institución trataron de ofrecer ciertas directrices, lo que es interesante del proceso de ingreso de objetos es que permite observar el diálogo que se estableció entre diferentes instancias oficiales y ciertos individuos en el momento de configurar una imagen sobre la nación o sobre la civilización, la ciencia y el progreso.

Al revisar los lugares de origen de las piezas que ingresaron al Museo, los resultados permiten observar que éstas provenían de regiones diversas e incluso de ciudades y territorios apartados. En el anterior gráfico se aprecian los departamentos de origen de los objetos que llegaron al Museo desde el territorio nacional y la manera como ingresaron a la colección. Una buena parte de los objetos de origen nacional (el 19%) provenía de Bogotá, sin embargo, tales piezas ingresaban al Museo principalmente como remisiones de otras entidades estatales, lo cual es lógico si se tiene en cuenta que dicha ciudad era la capital donde estaban centralizadas las oficinas del Gobierno. Lo que sorprende del gráfico 5 es que el lugar de origen que ocupa el segundo puesto es el de los territorios nacionales, pues estas regiones eran apartadas y prácticamente

estaban por fuera del control del Estado. Además de Bogotá, las piezas remitidas por entidades oficiales provenían de Tolima, Boyacá, Cauca, Bolívar y Santander, y en cuanto a las adquisiciones, sólo se compraron objetos de Bogotá y sus territorios circundantes: Cundinamarca y Boyacá.

En lo referente específicamente a las donaciones (Gráfico 6), los territorios nacionales fueron el lugar de origen predominante de los objetos que eran enviados al Museo, seguidos por departamentos como Cundinamarca, Santander y Magdalena, mientras Bogotá ocupaba el quinto puesto, lo cual nos permite advertir que para los particulares las piezas que parecían curiosas o relevantes para ser conservadas en el Museo eran las que provenían de los escasamente integrados territorios nacionales. La fascinación por lo exótico que había inspirado, primero, la creación de los gabinetes de curiosidades y, más tarde, la configuración de los museos estaba presente en las prácticas del coleccionismo nacional y constituía el eje de la representación de los llamados territorios nacionales.

Al comparar los resultados obtenidos en cuanto al departamento de origen de los objetos donados con el lugar desde el cual fueron enviados existe una clara diferencia. En lo referente al departamento o región de envío, Bogotá tiene un 39% del total de los objetos donados que contrasta con el 9% del gráfico anterior, pero lo más relevante es que regiones periféricas, como los territorios nacionales y Magdalena, tienen unos resultados contrastantes al comparar el lugar de origen con el de envío: los territorios nacionales representaban un 20% del primero y un 1% del segundo, y Magdalena un 9% del primero y un 1% del segundo, mientras que los principales territorios de envío de las donaciones, además de Bogotá, fueron departamentos andinos: Santander, Cundinamarca y Antioquia.

Los resultados que se visualizan en el gráfico 7 corroboran que en la relación entre centro y periferia al interior del país se llevó a cabo algo similar a lo que ocurrió entre las metrópolis y sus colonias en la conformación de los museos durante el siglo XIX: las piezas exhibidas en los museos metropolitanos fueron recolectadas por los expertos europeos en las colonias para dar presencia y volver inteligibles –para Europa– a aquellas regiones que entraban en la clasificación de lo exótico. En el

Virtual del pensamiento filosófico en Colombia (Bogotá: Instituto de Estudios Sociales y Culturales PENSAR, 2008).

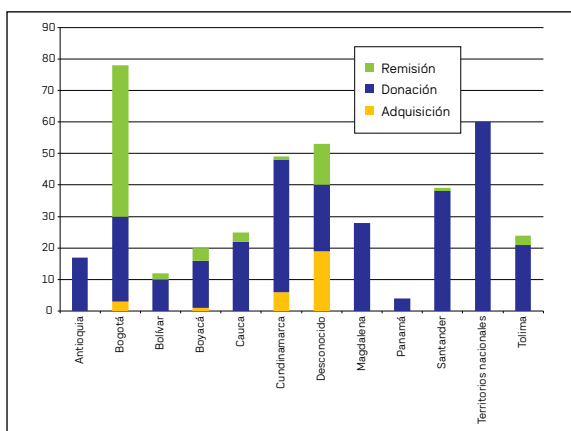


Gráfico 5. Procedencia de los objetos de origen nacional: elaborado por la autora a partir de la información obtenida en el Archivo Histórico del Museo Nacional.

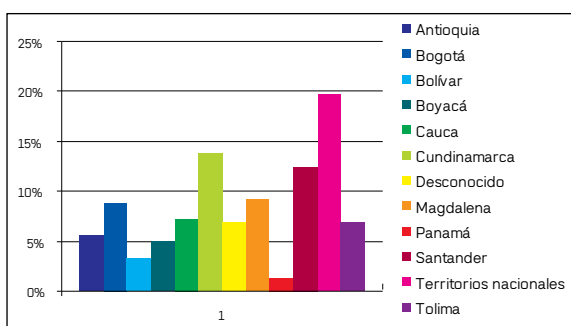


Gráfico 6. Lugar de origen de objetos nacionales: elaborado por la autora a partir de la información obtenida en el Archivo Histórico del Museo Nacional.

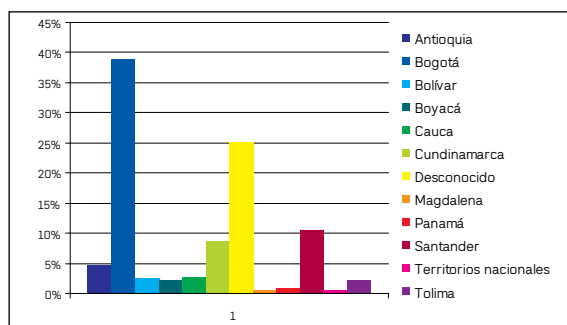


Gráfico 7. Lugar de envío de objetos donados: elaborado por la autora a partir de la información obtenida en el Archivo Histórico del Museo Nacional.

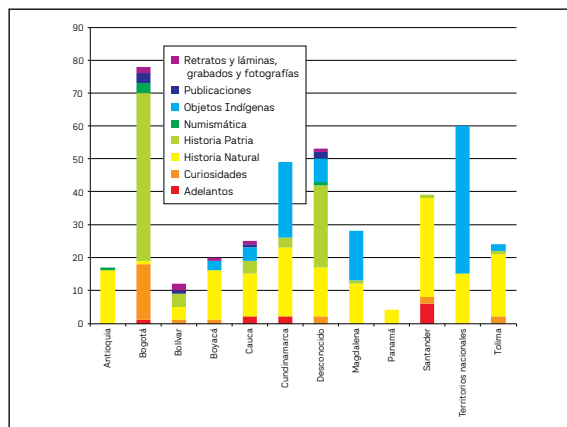


Gráfico 8. Tipos de objeto por departamento de origen: elaborado por la autora a partir de la información obtenida en el Archivo Histórico del Museo Nacional.

caso colombiano, los objetos que se consideraban curiosos fueron recolectados en regiones apartadas del territorio nacional por personas que probablemente habitaban en los centros urbanos, y luego fueron enviados desde allí al Museo, por eso resulta tan contrastante la comparación entre lugar de origen y de envío de las piezas con respecto a las dos regiones que representaban el centro (Bogotá) y la periferia (los territorios nacionales). Un análisis del tipo de piezas que llegaron al Museo en relación con su lugar de origen, también posibilita visualizar la manera como aparecían representadas las diferentes regiones del territorio patrio en la institución, tal como queda reflejado en el gráfico 8. Bogotá era el lugar de origen por excelencia de los objetos históricos, seguida de Bolívar y Cauca³⁹. Santander, Cauca, Cundinamarca y Bogotá eran los departamentos de los cuales provenían las piezas clasificadas como

adelantos y que, por lo general, correspondían a objetos de la industria nacional, lo cual permitía representar a sus habitantes como “laboriosos”. En cuanto a los recursos naturales, las muestras provenían de prácticamente todas las regiones del territorio nacional. En este aspecto llama la atención que el único departamento que sólo se representó por sus recursos naturales era Panamá, de manera que los pobladores de dicho territorio no tenían lugar en la escenificación de la nación llevada a cabo en el Museo.

De otra parte, los objetos indígenas tenían su origen en zonas como Territorios Nacionales, Cundinamarca, Magdalena, Cauca, Boyacá y Tolima, mientras que los departamentos que habían sido imaginados como de extracción poblacional blanca o mestiza, parecen no tener este tipo de piezas, es el caso de Antioquia, Santander, Bogotá y Bolívar⁴⁰.

³⁹ Estas tres regiones habían sido sede de las ciudades coloniales más importantes.

⁴⁰ En este último existía una élite blanca que contrastaba con un alto porcentaje de población negra o mulata, pero como se verá más adelante este grupo étnico no fue representado dentro de las colecciones del Museo.

La representación que se hace de cada uno de los departamentos es singular pues quizás uno de los aspectos más significativos de la investigación que aquí se presenta es que tal representación no necesariamente se construyó desde el centro de la nación (Bogotá) sino en interacción con las imágenes que cada una de las regiones tenía de sí misma. Un departamento como Antioquia, en el cual los porcentajes de origen y de envío de los objetos coincidían, se autorrepresentó por sus recursos naturales y por las piezas numismáticas (que quizás hacían referencia al espíritu de comerciantes con el que se caracterizó a los antioqueños), dejando de lado la historia o los objetos indígenas; mientras que los bolivarenses construyeron una imagen de sí mismos centrada en la historia, los recursos naturales y las representaciones visuales. Por el contrario, la manera como se escenificó en el Museo a los Territorios nacionales se hizo desde fuera de estas regiones adjudicándoles una esencia natural por su disponibilidad de recursos y por la presencia de una población indígena; algo parecido ocurrió con la región del Magdalena que a pesar de tener una ciudad colonial como Santa Marta, apenas si se le dio un sitio en la historia patria pues se la caracterizó como una región indígena y de recursos naturales.

¿Por qué donar objetos al Museo?

Al revisar el Archivo Histórico del Museo (AHM) sorprende que entre los lugares desde los cuales se enviaban los objetos aparezcan varios municipios que no eran ciudades importantes o capitales de provincia. Bogotá era el principal lugar de envío: de los 543 objetos, 276 llegaron al Museo procedentes de dicha ciudad: lo particular es que las poblaciones que ocuparon los registros siguientes son: Curití, con 28; Honda, con 18; Medellín, con 13; Cartagena, con 8; Pasto, con 7; Ramiriquí, con 6, y La Peña, con 5. Además, en el largo listado de lugares de envío aparecen otras tantas localidades intermedias y menores⁴¹ como Carmen de Carupa, Chipaque, San Pablo

(Chocó), Colegio, Coper, El Agrado, Fusagasugá, Garzón, Guaduas, Campoalegre, Carnicerías, Ipiales, La Mesa, Mompo, Pamplona, Pasto, Plato, Puente Nacional, Quibdó, Turbaná, Vélez, Villavicencio, Zapatoca y Zipaquirá.

La pregunta que surge entonces es cuáles fueron las razones que animaron a los habitantes de dichas poblaciones para mandar piezas al Museo. Algunos de los documentos que se conservan en el AHM dan pistas sobre tales motivos, por ejemplo, un aviso publicado en Riohacha en 1887 por Carlos Bertarelli los explicaba de la siguiente manera:

Con el fin de que todas las personas del Departamento que se interesan porque éste sea conocido, i apreciadas en lo que valen sus riquezas, puedan satisfacer los deseos de S. S. el Ministro de Instrucción Pública de la Nación, el infrascrito se permite transcribir á continuación parte de la nota que le fué dirigida por ese alto funcionario:

“Como usted posee notables conocimientos referentes á minas de mármol, granito &c., por este despacho se le hace el encargo, adjunto á la comisión oficial que lleva, de que recoja muestras de aquellos minerales i las envíe al Museo de esta ciudad”⁴².

Al parecer Bertarelli, quien era un escultor de origen italiano, había sido comisionado por el Gobierno para recoger piezas para el Museo, por lo cual se dirigía a las personas interesadas en que el departamento fuera conocido y en que sus riquezas fueran apreciadas, a la vez que resaltaba que esperaba la colaboración de muchos *patriotas* que recibirían el agradecimiento de la República. En este mismo sentido, una carta enviada por José M. Lozano y Manuel Gregorio Salazar en noviembre de 1889, desde San Pablo, Chocó, manifestaba una inspiración similar:

Deseosos por una parte de contribuir con nuestro pequeño contingente al enriquecimiento del Museo de Colombia, i ambicionando por otra que el territorio del Chocó figure de alguna manera en ese interesante Establecimiento, hemos determinado enviar a Usted el cuero de una culebra conocida por acá con el nombre de “berrugosa” para que forme entre los objetos curiosos del establecimiento en referencia. Esto no es más que una muestra, i si Usted cree que objetos tales pueden aceptarse como obsequios dignos de estimación, agradeceríamos á Usted nos lo indicara para

41 Muchos de los donantes se quejaban de las dificultades que presentaba el enviar objetos al Museo debido a que por sus poblaciones no pasaba el correo de encomiendas.

42 AHM, 1887, Tomo 0, Doc. sin numeración.

preocupar nuestra atención en algunos momentos en formar colecciones de todo lo que Usted nos indique como merecedor de ocupar un puesto en el Museo de nuestra cara Patria⁴³.

Para estos donantes los objetivos eran colaborar con el enriquecimiento del Museo y que la región del Chocó figurara en dicho establecimiento. Tanto en el caso del aviso publicado en Riohacha como en esta carta de remisión, las razones que incentivaron a los donantes eran hacer visibles ante la nación las regiones de las cuales provenían los objetos, a la vez que hacerse visibles a ellos mismos como individuos ante la red de notables que se conformaba alrededor de dicha institución.

Entre los donantes del Museo figuraban escritores como José Joaquín Ortiz y los ya mencionados Jorge Isaacs y José Caicedo Rojas; académicos como Adolfo León Gómez, Emiliano Isaza y Soledad Acosta de Samper; artistas y fotógrafos de renombre como Epifanio Garay y Arístides Ariza; empresarios como Antonio Echavarría y Francisco Groot; políticos liberales y conservadores como Miguel Samper, Ángel y Rufino Cuervo y Manuel María Marroquín; científicos como Carlos Cuervo Márquez, Ernesto Restrepo y Santiago Cortés, y sacerdotes prominentes como Juan Nepomuceno Rueda. En este sentido, para algunos letrados y personajes de sectores medios de provincia, e incluso de la capital, aparecer nombrados en el *Diario Oficial* al lado de estas insignes figuras era también ocupar un lugar dentro del listado de las notabilidades colombianas. Tal es el caso de Juan Esteban Caicedo, de Honda; Camilo Espinosa, de Curití; Carlos S. Nieto, de Mompo, y Higinio Muñoz, de Pasto. La carta de remisión que envía este último es bastante dicente al respecto:

Dígnese, á nombre de la Patria aceptar esta pequeña manifestación del amor que á ella le profeso i tenga Ud. la bondad de recibir esos cinco bosquejos de cartas, una vez que sean exhibidos i colocados en el Museo de su cargo, donde creo que podrán ser estudiadas para mayor bien de las ciencias, de la Patria i de toda la humanidad.— Verificado lo cual, sírvase acusarme recibo⁴⁴.

Muñoz pretendía que sus bosquejos de las batallas desarrolladas en Nariño durante la Independencia, al igual que el croquis corográfico de dicha provincia, fueran exhibidos y dieran testimonio de su aporte a la ciencia. De acuerdo con su carta, el motivo de la donación era el amor que le profesaba a la patria, y sería posible pensar que también quería insertar su región dentro de los anales de la historia y dentro de lo que se podría denominar la imaginación geográfica de la nación.

Por otra parte, ciertas familias de la élite también manifestaron un interés por figurar en la historia a través del reconocimiento de sus antepasados como héroes o fundadores de la nación. Ante los llamados efectuados por directores como Pombo y Restrepo, los descendientes de aquellos que aparecían como gestores de la historia generalmente accedían a donar objetos personales o retratos de sus familiares. Tal es el caso de Rafael Largacha que frente a la solicitud de Restrepo respondía lo siguiente:

En respuesta á su muy atenta comunicación, número 386, de fecha 7 de los corrientes, tengo el honor de manifestar á Usted que tendré el mayor placer en obsequiar al Museo Nacional el retrato, que Usted, con tanta benevolencia, desea colocar en la galería de retratos de los ciudadanos que han ejercido en el país la Presidencia de la República. Tan pronto como obtenga la copia del retrato al óleo que existe de mi padre, tendré el gusto de enviárselo.

Altamente agradecido por la honrosa distinción que Usted desea hacer á la memoria de mi padre, tengo el gusto de suscribirme de Ud. muy atento servidor i compatriota⁴⁵.

Así, figurar en el Museo, ya fuera como constructor de la historia o como patriota ilustrado que había colaborado con el enriquecimiento de la colección, era una forma de hacerse visible en el templo de la nación, bien como heredero legítimo de los fundadores de la patria o como parte de los listados de las notabilidades nacionales. Además, en algunos casos el interés no sólo consistía en que un individuo o unas familias fueran reconocidos, sino en visualizar unas regiones apartadas o poco integradas que necesitaban ser tenidas en cuenta dentro del ámbito nacional.

43 AHM, 1889, Tomo 1, Doc. 56.

44 AHM, 1894, Tomo 1, Doc. 16.

45 AHM, 1911, Tomo. 3, Doc. 55.

Las disposiciones taxonómicas y sus variaciones: catálogos y guías del Museo Nacional

Durante el período de estudio se publicaron cuatro catálogos: la *Breve Guía del Museo Nacional*⁴⁶, de 1881, la *Nueva Guía descriptiva del Museo Nacional de Bogotá*⁴⁷, de 1886 –ambas elaboradas por Pombo–, el *Apéndice a la Guía Descriptiva del Museo Nacional*⁴⁸ escrito por Rafael Espinosa Escallón en 1907, y el *Catálogo General del Museo de Bogotá*⁴⁹ realizado por Restrepo Tirado en 1912. El objetivo de este tercer apartado es aproximarse a las características de estos textos y analizar a partir de ellos la manera como fue cambiando la organización taxonómica de los objetos entre 1880 y 1912.

En 1881 se publicó la primera guía del Museo, ésta tenía como objetivo principal hacer de conocimiento público las colecciones:

En esta pequeña guía se dá principio á la publicidad de lo que contiene actualmente el Museo. En varias ocasiones se han hecho inventarios de sus colecciones, pero éstos se han archivado en las respectivas oficinas: allí existen algunos, no lo dudo; pero es muy probable que á nadie le hayan servido, por la dificultad que hay en encontrarlos. Jamás un viajero extranjero, ú otro visitante del establecimiento, vió los catálogos de los objetos contenidos en él; todos, por el contrario, han lamentado este desideratum⁵⁰.

El texto, editado en un formato pequeño y con algunos grabados, estaba dividido en dos grandes partes: una en la que se hacía un recuento cronológico de la historia del Museo y otra en la que se presentaban los objetos de la colección organizados por secciones. Dichas secciones eran las siguientes: (i) Historia Patria, Arqueología, Curiosidades y Pinturas, (ii) Historia Natural y (iii) un Apéndice. La primera tenía tres grandes subdivisiones: Monumentos Históricos y Objetos notables, Objetos y Curiosidades Indígenas y Objetos Varios (organizados a su vez en: Retratos

de Personajes Eminentes en las Ciencias y de otras Celebridades, Retratos de los Reyes y Autoridades de la Colonia, Notabilidades Nacionales, Láminas y Estampas, Fotografías, Pinturas al Óleo de Asuntos Místicos y Las Banderas Memorables). La de Historia Natural presentaba los objetos agrupados en cada uno de los reinos y el Apéndice incluía las piezas que habían llegado al Museo en los momentos finales de la elaboración de la Guía o que no concordaban con la clasificación propuesta por Pombo.

De tal clasificación cabe resaltar que en ella estaban separados los monumentos históricos y objetos notables de los objetos indígenas que eran categorizados como curiosidades, y pensados al margen del tiempo. En la subdivisión de monumentos históricos y objetos notables se encontraban piezas como la cota de malla de Jiménez de Quesada, la daga de Federmán, el cráneo del Virrey Solís, las llaves del Castillo de San Carlos y de los muros de Cartagena obtenidas en la Independencia, la cama de Bolívar, el cronómetro que perteneció a la fragata Colombia y luego a la Comisión Corográfica, una cabeza de piedra antigua que representaba a un obispo, dos grupos de tierra culta alusivos a la guerra franco-prusiana, y un plato de mármol y un vaso de pórfido hallados respectivamente en las ruinas de Pompeya y Herculano, entre otros.

Tan diversas piezas referían a una noción de historia en la que el proceso de territorialización todavía no acababa de consolidarse, por lo cual los monumentos del pasado que se conservaban en el Museo podían vincularse tanto a los conquistadores, como a las batallas y los próceres de Independencia, a las expediciones organizadas durante la República o a aspectos de la historia europea. En este sentido las piezas históricas del Museo estaban referidas más a la historia de una civilización que se consideraba como propia, la occidental, que a los pueblos indígenas que habían habitado el territorio patrio, lo cual coincidía con lo planteado por pensadores como Caro⁵¹ y Carrasquilla

46 Fidel Pombo, *Breve Guía del Museo Nacional* (Bogotá: Imprenta de Colunje y Vallarino, 1881).

47 Fidel Pombo, *Nueva guía descriptiva del Museo Nacional de Bogotá* (Bogotá: Imprenta de La Luz, 1886).

48 Rafael Espinosa Escallón, *Apéndice a la Guía del Museo Nacional* (Bogotá: Imprenta Nacional, 1907).

49 Ernesto Restrepo Tirado, *Catálogo General del Museo de Bogotá* (Bogotá: Imprenta Nacional, 1912).

50 Pombo, *Breve Guía*, 9.

51 Para Miguel Antonio Caro, por ejemplo, la historia de la nación colombiana no era más que un episodio de la gloriosa historia de lo que él denominaba la *raza latina*, es decir “un conjunto de pueblos y familias que se estrechan, confunden e identifican a virtud de una idea, y ésta es la idea católica, comprendiendo bajo el nombre

y que seguramente era compartido por otros letrados dado el proceso “participativo” que se produjo en la conformación de la colección.

En cuanto a la subdivisión de objetos y curiosidades indígenas, las piezas que se agrupaban bajo tal etiqueta iban desde el manto de la mujer de Atahualpa, pasando por collares, peines y armas, hasta el cetro de un cacique y un penacho de plumas. En este primer catálogo aparecían sin distinción las piezas arqueológicas y etnográficas y no se especificaba a qué grupo pertenecían, pues a todas se les daba el apelativo general de indígenas. Incluso se insertaban allí objetos de grupos que no pertenecían propiamente al territorio colombiano como el mencionado manto.

De esta forma, la representación del pasado y de los pobladores de la nación que se articulaba en este primer catálogo del Museo concebía a los habitantes de la nación desde una perspectiva histórica y cultural escindida: de una parte los monumentos históricos –que sugerían una continuidad entre la historia europea y la historia patria– y, de otra, los objetos indígenas que eran separados de los históricos y agrupados en relación a una pretendida diferencia cultural de lo indígena.

Pasando a la *Nueva Guía Descriptiva*, ésta fue presentada por entregas durante 1886 en el periódico oficial *Anales de Instrucción Pública* y luego se editó como un libro de gran formato en la Imprenta de la Luz. Dicha obra, al ser publicada primero en un periódico y, después, por una de las imprentas más importantes de la época, debió tener una difusión mayor que la Guía del 81. En ella se adicionaron los objetos que habían ingresado a la colección del Museo; se elaboró una reseña histórica más completa de la institución; y se le dio un nuevo orden a la colección dividiéndola en tres secciones: Historia Patria, Arqueología y Curiosidades; Historia Natural, y una galería de pinturas y objetos de las artes nacionales.

La sección de ‘Historia Patria, arqueología y curiosidades’ estaba subdividida de una forma minuciosa pero poco sistemática. Tan compleja clasificación podía responder a que la obra fue en principio

presentada por entregas y por tanto seguía unos criterios de publicación por número más que una estructura general. Sin embargo, también se observa la superposición de pautas de clasificación disímiles pues unas respondían a temáticas, otras a materiales de fabricación, otras al uso, otras eran colecciones dentro de la colección y otras tenían que ver con la disposición de los salones del Museo. Además, algunos objetos se encontraban repetidos en clasificaciones distintas.

En la parte general de ‘Historia patria, arqueología y curiosidades’ existían objetos que remitían a la Conquista, la Colonia, la Independencia y la República y permanecían todavía las piezas relacionadas con la historia europea. La galería de retratos, por su parte, cumplía una función muy importante dentro de esta versión de la Guía realizada por Pombo, pues era a través de ella que el autor articulaba un relato histórico que, sin seguir la secuencia de un exacto orden cronológico, pasaba por Colón, los Reyes de España y los conquistadores, las autoridades y personajes célebres de la Colonia y las notabilidades nacionales que representaban la Independencia y la República. Cuando el Museo no poseía los retratos de algunos virreyes, próceres o presidentes, Pombo anotaba la ausencia e incluía una mención biográfica señalando que era fundamental conseguir alguna pieza que diera cuenta de tales personajes. Así, en el continuo histórico que el autor proponía los personajes sobresalientes (en especial las autoridades, los héroes militares y los letrados) eran los hitos alrededor de los cuales tenía lugar un devenir histórico que iniciaba con el Descubrimiento y llegaba hasta aquel presente.

Igualmente, la Guía permite inferir que existía un espacio simbólico central, denominado *Salón principal*, reservado para aquellos que se consideraban como los más relevantes dentro de las notabilidades nacionales. En él estaban quienes se iban consolidando como héroes de la patria: Caldas, Neira, Padilla, Bolívar y Santander, y algunos políticos y letrados como Zea, Restrepo, Vergara y Vergara, Cuervo, Camacho Roldán, y Posada Gutiérrez.

En cuanto al *Apéndice a la Guía del Museo Nacional*, realizado por Rafael Espinosa Escallón en 1907, se puede decir que éste tenía la estructura de un inventario pues la idea de su autor era adicionar a la Guía del 86 los objetos nuevos que habían

de idea, dogmas, tradiciones y afectos”. Miguel Antonio Caro, “La raza latina”, *Obras Completas* (Bogotá: Imprenta Nacional, 1918-1923), 734- 737. Tomado de: *La Unión Católica*, I, no. 5 (23 de julio de 1871): 19-20.

ingresado a la colección en el transcurso de los diez años que separaban los dos catálogos. Este texto está elaborado como un listado general de objetos en el que no se incluye una descripción o un estudio sobre los mismos a menos que se trate de piezas nuevas.

Por último, el *Catálogo General del Museo de Bogotá*, escrito por Restrepo Tirado, fue publicado por la Imprenta Nacional en 1912 en una edición oficial cuyo formato se aproximaba más al de una obra académica, pues estaba prologado por Pedro María Ibáñez y presentaba un orden sistemático. Restrepo agrupó la colección en 10 secciones: Arqueología, Objetos indígenas contemporáneos, Antigüedades extranjeras, Objetos históricos, Numismática, Salón de Gobernantes de Colombia, Galería de Próceres, Mineralogía, Galería de pinturas y Apéndice. Tal clasificación visualiza una transformación con respecto a las anteriores en la medida en que se le dio prioridad a la configuración de una historia nacional empezando por los objetos históricos y pasando luego a un salón de Gobernantes y a una galería de próceres; además, se habían segmentado de este continuo histórico las antigüedades extranjeras (como una estatuilla egipcia, los objetos de las ruinas de Pompeya y Herculano, un mármol del Panteón de Atenas, una copia de la piedra del Calendario Azteca y el manto de la mujer de Atahualpa) en tanto que los objetos de indígenas se habían dividido en arqueológicos y contemporáneos. Por otra parte, la sección de historia natural se redujo a la mineralogía y la galería de pinturas estaba separada.

Una de las secciones a la que Restrepo le dedicó grandes esfuerzos fue la del Salón de Gobernantes de Colombia. En ella se presentaban, siguiendo un orden cronológico, los reyes de España y las autoridades coloniales y luego los presidentes de la República desde 1811 en adelante. Lo que aparecía aquí era una territorialización de la historia, desde la Conquista hasta el presente, integrando en una sucesión cronológica las autoridades de la Colonia y los notables republicanos; no obstante, aun en este catálogo, la época anterior a la Conquista quedaba por fuera del relato en tanto las autoridades indígenas no eran contempladas.

La otra sección que presentaba interés era la *Galería de próceres* en donde se rendía homenaje a quienes

habían participado en la Independencia⁵². Como lo anotaba Restrepo, esta sección estaba conformada fundamentalmente por una colección que al parecer había sido comprada por el presidente Rafael Núñez en 1886 y que fue elaborada por Constancio Franco en colaboración con dos alumnos de la Escuela de Bellas Artes: Eugenio Montoya y Julián Rubiano. Tal colección estaba conformada por 153 retratos y tenía como base la investigación realizada por Franco sobre la biografías de los próceres que había sido publicada en 1880 con el nombre de *Rasgos biográficos de los próceres y mártires de la Independencia*⁵³ y cuyo objetivo había sido “contribuir a popularizar la memoria de los héroes de la Patria, fundadores de la República”⁵⁴. La presentación en un sólo salón de este conjunto de obras permitió construir una representación sistemática y extensa de los próceres de la Independencia, ratificando así la función que el Museo estaba adquiriendo como depósito de aquellos objetos-monumento que constituían la imagen visual de la memoria nacional.

En síntesis, cada uno de las guías elaboradas entre 1880 y 1912, junto con las disposiciones taxonómicas a través de las cuales se organizaba la colección, constituían una forma de representación de lo nacional, y en particular de la historia patria y de los grupos humanos que habitaban el territorio, que fue cambiando gradualmente con el tiempo. Mientras que en la primera publicación el pasado que se representaba era más el de la civilización occidental y los indígenas aparecían como parte de otra historia que ni siquiera coincidía territorialmente con la actual República, en la Guía del 86 ya se hacía referencia explícita a los aborígenes de Colombia y

52 Para un análisis sobre la Galería de Próceres en el Museo Nacional ver: Amada Carolina Pérez, “La memoria convertida en exhibición: adecuaciones de la sección de Historia Patria en el Museo Nacional de Colombia, 1880-1912”, en *Del dicho al hecho, 200 años de independencia y ciudadanía en Colombia*, eds. Francisco Ortega y Yobenj Chicangana. En prensa.

53 Constancio Franco Vargas, *Rasgos biográficos de los próceres y mártires de la Independencia* (Bogotá: Imprenta de M. Rivas, 1880).

54 Para un análisis de la colección Franco ver: Luisa Fernanda Riviere Viviescas, “Lo ideal en lo visual: arte y república en la Colección Franco-Rubiano-Montoya”, *Cuadernos de Curaduría*, no. 9 (julio de 2009) (<http://www.museonacional.gov.co/inbox/files/docs/ccfranco.pdf>).

se estaba construyendo un continuo histórico a través de las menciones biográficas de los hombres célebres de la Colonia y de las notabilidades nacionales; un grupo selecto de estas últimas conformaba el recientemente instituido salón principal. En el Apéndice de 1907 se insistía en la importancia de los individuos a la hora de configurar una representación sobre la historia y además se había desligado el epíteto de nacional de las épocas de la Independencia y la República. Por último, en el catálogo de 1912 el proceso de territorialización de la historia se había completado con el Salón de Gobernantes en donde se mezclaban los Reyes de España, las autoridades coloniales y los presidentes de la era republicana; los objetos indígenas permanecían separados del continuo histórico aunque en esta última publicación ya se hacía una diferenciación clara entre piezas arqueológicas y etnográficas.

En términos generales, la representación de la historia y de los habitantes de la nación que se fue constituyendo en el período aquí estudiado configuraba, por una parte, un continuo histórico que iniciaba en la Conquista y terminaba en el presente y, por otra, una representación de lo indígena segmentada del resto de la nación, ya estuviera ésta por fuera del tiempo o dividida en objetos arqueológicos y etnográficos. Mientras que la historia era el saber que daba cuenta de lo nacional, la arqueología y la etnografía eran las formas de conocimiento privilegiadas para acercarse a lo indígena; parecería que no existieran puntos intermedios que articularan estas representaciones ubicadas en órdenes distintos.

Representando pobladores: exaltación, marginalización y ocultamiento

En un espacio institucional como el Museo Nacional de Colombia que había surgido por iniciativa estatal y funcionado, aunque precariamente, bajo el auspicio del Gobierno central, se fue configurando lentamente una imagen de la nación colombiana, de su grado de civilización y adelanto y de sus posibilidades de progreso hacia el futuro basadas fundamentalmente en la exposición de las riquezas naturales, en una interpretación de la historia y en la puesta en escena de aquellos elementos que parecían curiosos y que por tanto no

encajaban dentro de las clasificaciones propuestas o eran, por lo menos, sus márgenes de contención. Esta imagen de lo nacional no fue trazada únicamente por aquellos que formaron parte de los gobiernos regeneradores o conservadores de finales del XIX y comienzos del siglo XX, pues precisamente por ser una entidad secundaria en el organigrama estatal y por la precariedad de los recursos de la nación, la colección de objetos que la conformaban fue integrada principalmente a través de las donaciones que llegaron de los diferentes territorios que constituían la República.

Mirando desde el presente las piezas que albergaba la institución, las que hacían referencia a los pobladores de la nación eran fundamentalmente aquellas correspondientes a algunas secciones como objetos históricos, Reyes de España y autoridades del Nuevo Reino de Granada, Notabilidades Nacionales, Notabilidades Científicas, Retratos y Láminas, Grabados y Fotografías y Objetos indígenas, además de algunas otras que generalmente aparecían por fuera de la clasificación en las anotaciones o adiciones. Si se agrupan bajo las categorías generales de historia Patria, objetos indígenas y curiosidades, dichas piezas constituían alrededor de un 55% de los objetos que ingresaron a la colección entre 1880 y 1912; es decir que más de la mitad de las piezas que llegaron se refería de una u otra forma a los habitantes de la nación del pasado y el presente.

Tales habitantes aparecían dispuestos de diferente forma dentro de la colección: algunos como autoridades, otros como notabilidades, otros como próceres, otros como aborígenes o pertenecientes a unas civilizaciones de las que se tenía poco conocimiento y otros como curiosidades, segmentados en compartimentos diferentes que no permitían ver la relación entre ellos: las autoridades y notabilidades eran representadas como los arquetipos de ciudadanos por excelencia, los criminales como la anomalía y los indígenas como unos otros cuya historia estaba por fuera del pasado nacional.

La forma de representación por excelencia de las autoridades, las notabilidades y los próceres fue el retrato y, en algunos casos, los objetos que les habían pertenecido o que estaban asociados con su existencia como individuos y que se iban convirtiendo en reliquias. Los indígenas, en cambio,

fueron representados casi exclusivamente por intermedio de piezas que habían fabricado y que se referían a sus costumbres y rituales como comunidades, de ellos no existía una imagen física como individuos concretos más allá de las momias y cráneos o de las figuras de oro, arcilla y piedra que los letrados del presente habitualmente describían por sus aspectos formales.

Las autoridades, los notables y los próceres aparecían en el Museo, y en los catálogos a través de los cuales se hacía pública la colección, como ejes centrales de la configuración de un relato histórico que daba cuenta del pasado de la patria, un pasado que se fue extendiendo cada vez más hacia el período de la Conquista y la Colonia, pero que tenía como uno de sus hitos principales la Independencia convertida en gesta heroica. Estos individuos tenían nombre y apellido y ocupaban un espacio concreto en el tiempo y en la sociedad a la cual habían pertenecido. A través de ellos se constituía la memoria, pero además eran, en la mayoría de los casos, un ejemplo de las virtudes que debían tener mandatarios, militares, funcionarios públicos, hombres de ciencia, comerciantes, empresarios y hasta las mujeres de élite.

Los retratos que de ellos se presentaban en el Museo los mostraban generalmente con una fisonomía propia de lo que se imaginaba como la raza blanca, con sus mejores galas o con las insignias que acreditaban su valor o su posición social y los objetos que se les asociaban, como armas, prendas de uso cotidiano o mobiliario, se conservaban en el establecimiento porque daban testimonio de su existencia y, en algunas ocasiones, de su valor o sus conocimientos, tal es el caso de la daga de Federmán, la lanza de Neira, la pistola de Bolívar, el atril de Mutis, y la reglita de palo de Caldas, entre otros.

Además, en las reseñas biográficas que de ellos se hacían en catálogos, como el elaborado por Pombo en el 86, no sólo se presentaban los hechos en los cuales habían participado sino las virtudes que caracterizaron su actuación. De científicos como José Celestino Mutis, Francisco José de Caldas, Francisco Antonio Zea y Jerónimo Triana se rescataban su cultura, erudición, mérito, laboriosidad y dedicación; de héroes militares como Páez, Neira, Soublette, Ucrós y Urdaneta se distinguían su valentía, heroísmo, intrepidez, pericia,

audacia y lealtad; de mandatarios como Jorge Tadeo Lozano, Francisco de Paula Santander, Pedro Alcántara Herrán, José Ignacio de Márquez, Tomás Cipriano de Mosquera y Julián Trujillo se resaltaban su tino político, habilidad y prudencia, su preocupación por la educación y por las mejoras materiales, su elocuencia, su rectitud y su capacidad de mantener el orden y la paz pública; de funcionarios civiles como José Félix Restrepo, Francisco Soto, Miguel Peña y Domingo Caicedo se exaltaban su cumplimiento del deber, su laboriosidad, su cultura y su honradez, y de comerciantes y empresarios como Ignacio Paris y José María Arrubla se proyectaban su laboriosidad, generosidad y filantropía. En fin, todos estos notables del pasado y del presente que eran distinguidos como patriotas sinceros y hombres ilustrados se convirtieron en los modelos de ciudadano a seguir, pero en modelos diferenciados a los que se les atribuían valores diversos de acuerdo con la función social que desempeñaban.

Los indígenas, en cambio, aparecían representados como colectividades, no se tiene noticia de individuos particulares aparte de Atahualpa y de un cacique chimila denominado, de acuerdo con Isaacs, Marasa. Los objetos a través de los cuales se les daba presencia en el Museo eran concebidos generalmente como curiosidades y denominados con diminutivos indicando así su precariedad frente a los referentes de comparación que se tenían en el imaginario y que eran los de la cultura occidental: estatuitas, bustitos, ollitas, mucuritas y figuritas constituían su producción que además era frecuentemente caracterizada como tosca y rudimentaria o, en caso contrario, como demasiado elaborada para pertenecer a este tipo de grupos. Isaacs definía así una de las piezas:

47. Una cabeza de mujer, tallada en piedra negra, primorosa figura por la belleza de las facciones i otros detalles: podría suponerse que este trabajo es obra de un artista europeo; pero no tiene raya en lo alto de la cabeza para (...) i rostros de ese carácter ó tipo son comunes hoy en las mujeres indígenas de la Sierra Nevada i en las tribus guajiras⁵⁵.

En cuanto a los apelativos que se usaban para denominarlos, además del de indígenas –que era el

55 AHM, 1882, Tomo 0, Docs. 6 y 12.

más común—, también se empleaban los siguientes: indios, naturales, primitivos, aborígenes y tribus, referidos todos a un origen primigenio o a un estadio de civilización más cercano a la naturaleza, que era el lado contrario al de la civilización. Como se señalaba anteriormente, en buena parte del período estudiado no se realizó una distinción entre los indígenas del pasado y del presente pues al esencializarlos como naturales se les sustraía del tiempo histórico y se les negaba la posibilidad de cambio. Tal apreciación fue variando en la primera década del siglo xx, aunque aún entonces se les seguía pensando a través de cierta unidad de raza o de cultura que prevalecía con todo y que se empezaban a reconocer algunas diferencias entre las distintas comunidades.

En el período estudiado aun cuando se fue consolidando lentamente el proceso de territorialización de la historia, los indígenas del pasado no fueron incluidos dentro de dicho proceso y si bien se les empezó a reconocer como los primitivos habitantes del territorio aún seguían representados al margen del desarrollo evolutivo de la nación cuyo origen se había remontado hacia la Conquista. Y en lo que respecta a los indígenas del presente lo que se puede observar es la existencia de cierto interés por sus costumbres, pero no se les reconocía como ciudadanos. El lugar que ocupaban en el Museo era el de unos *otros* distantes a los que se les miraba con asombro a través de sus objetos de uso cotidiano y ritual. El presbítero Juan Nepomuceno Rueda justificaba así la donación que hacía de unas flores de plumas y un rosario elaborado por los indios que habitaban a las orillas del Curiana:

Sírvase darles colocación en el Museo que tan dignamente dirige U.: aunque no son objetos valiosos, pero tienen el mérito de ser hechos por los indios, i de revelar lo que serán capaces de hacer en las artes i en las ciencias luego de que se inicie en ellos la civilización cristiana que desean i á que se prestan sin grandes esfuerzos⁵⁶.

La inserción en la civilización cristiana era la vía a través de la cual los indígenas podrían acceder a las artes y a las ciencias y, finalmente, a la ilustración que los pondría al nivel de aquellos notables de la

República que con tanta insistencia se exaltaban en el Museo. Su lugar, entre tanto, era el de habitantes de la nación, no el de ciudadanos; con ellos se compartía un mismo espacio territorial pero su civilización era distinta y sólo podrían ser reconocidos como nacionales cuando pasaran por el proceso de adecuación que se había diseñado para ellos por parte del Estado regenerador: su reducción en misiones en las que además de cristianizarlos se les inculcaría el amor a la patria y se les volvería productivos para la sociedad.

La presencia de otro tipo de pobladores, además de los notables y de los indígenas, apenas si aparecía en el Museo; los campesinos y artesanos eran representados de manera indirecta por el resultado material de su trabajo: sombreros, textiles y productos agrícolas eran remitidos al Museo con alguna referencia general a las personas que los habían realizado. Además de ellos encontramos muestras de que se empezaban también a representar algunos elementos de la sociedad que constituían una anomalía, en especial a los delincuentes. De algunos de ellos se remitieron al Museo unas fotografías tomadas por García Hevia y varios de los instrumentos con los cuales cometieron sus crímenes⁵⁷.

Por último, es también necesario señalar las ausencias y entre ellas la más notable era la del enorme grupo de individuos y comunidades que desde el presente se denominan afrodescendientes, pero que en aquel entonces eran representados como negros y mulatos. De las 543 piezas que ingresaron a la colección entre 1880 y 1912 ninguna hacía referencia a este importante segmento de los pobladores de la nación colombiana⁵⁸. Sus costumbres, su historia y sus trayectorias individuales estaban por fuera de la escena, omitidos incluso a través de una adecuación que tendía a su blanqueamiento como en el caso de José

56 AHM, 1890, Tomo 1, Doc. 21.

57 Entre los objetos que hacían referencia a delincuentes estaban dos fotografías que representaban a seis famosos criminales, el fragmento de la mecha incendiaria que usó Manuel Saturio Valencia para perpetrar su crimen y la pistola con la que se atentó contra la vida de Uribe Uribe.

58 De acuerdo con el censo de 1912, la distribución porcentual de la población por razas en Colombia era la siguiente: blancos, 34,4%; negros, 10%; indios, 6,3% y mezclados 49%. Datos tomados de Marco Palacios y Frank Safford, *Colombia: país fragmentado, sociedad dividida, su historia* (Bogotá: Grupo Editorial Norma, 2002), 483, cuadro 11.9.



Franco, Rubiano, Montoya
José Prudencio Padilla
ca. 1880 Óleo sobre tela. Museo Nacional de Colombia



Franco, Rubiano, Montoya
Leonardo Infante
ca. 1880 Óleo sobre tela. Museo Nacional de Colombia

Prudencio Padilla, quien a pesar de su origen mulato había sido normalizado iconográficamente en el contexto de la mencionada colección de próceres elaborada por Constancio Franco, Eugenio Montoya y Julián Rubiano.

En cambio, el retrato del Coronel Leonardo Infante, quien era un prócer venezolano, sí lo representa claramente como un personaje negro, además en la obra de *Rasgos biográficos de los próceres de nuestra independencia* escrita por Franco se señalaba claramente su origen:

Este poderoso adalid de la independencia, conocido vulgarmente con el nombre de «El negro Infante,» nació en Venezuela, en la antigua provincia de Maturín, hacia el año de 1795.

Fué descendiente de una pobre familia acostumbrada al rigor de la servidumbre, pero él, por una especie de inspiración sublime, tributó desde su infancia tanto odio a la opresión como amor a la libertad.

Criado en la llanura, gozaba de una complexión sana i robusta, i, como el árabe del desierto, era esforzado, infatigable i ágil.

Para Infante no había estaciones; hacia faena sin que su constitución se alterara, ni bajo los rayos abrasadores del sol tropical, ni bajo la lluvia mas inclemente.

No tuvo nunca escuela, así que, la civilización jamás penetró en su espíritu; pero al salir de la vida nómada que llevara en su infancia para entrar en otro mundo mejor constituido, su ánimo abandonó la cerril corteza que lo cubría, i admirando los grandes hechos, tributó culto a los grandes hombres.

La revolución de 1810 operó en aquella alma una transfiguración. De repente el salvaje de la llanura se convirtió en arcánjel de la guerra!⁵⁹

Infante era representado por su origen como un hombre negro de complexión fuerte por la llanura en la que se había criado y en un principio ajeno a la civilización debido a la falta de escuela. Sin embargo, la Independencia le había permitido deshacerse de tan áspera corteza dejando de ser el *salvaje de la llanura* para convertirse en un *arcánjel de la guerra*. En el retrato seguía siendo visualizado como un hombre negro, pero era también uno civilizado, vestido con el uniforme que acreditaba su rango militar y con el aire sublime de los demás próceres.

Estas formas aparentemente contradictorias de representar a un mulato y un negro, el uno colombiano y el otro venezolano, además del ruidoso silencio sobre las comunidades negras abre preguntas de investigación sobre el lugar que ocupaban estos pobladores y los motivos que permiten explicar la manera como se invisibilizó su cultura a pesar de que se reconocieron por lo menos a dos de los individuos –Infante y Padilla– que eran asociados con estas comunidades. Desde esta perspectiva la nación que se representaba en

59 Franco, *Rasgos biográficos de los próceres*.

el museo mostraba un continuo de ciudadanos “blanqueados” o por lo menos adecuados a los estereotipos de la civilización y no la compleja tipología regional que había caracterizado formas de representación típicamente decimonónicas como el costumbrismo. El Museo funcionaba entonces como un dispositivo de representación de las élites, por un lado, y de las curiosidades, por otro, en el que los indígenas de los territorios nacionales aparecían como los únicos pobladores radicalmente distintos, los demás grupos sociales y culturales estaban ausentes o eran pensados como el público al cual el Museo se dirigía con el objetivo de presentarles los modelos de virtudes que debían seguir para honrar a las notabilidades del pasado y del presente y para convertirse así en los ciudadanos del futuro.

Obras citadas

Fuentes primarias

- Archivo General de la Nación, Fondo Secretaría de Instrucción Pública, 15 de abril de 1882, Tomo 12, f. 86.
- Anales de la Universidad* [Bogotá], 1868, Tomo 1, No. 1, 63.
- Ancízar, Manuel. “Informes de Comisiones”. *Anales de la Universidad* V, no. 25, (1871): 9.
- Archivo Histórico del Museo Nacional, 1882, Tomo 0, Docs. 6 y 12.
- Archivo Histórico del Museo Nacional, 1887, Tomo 0, Doc. Sin numeración.
- Archivo Histórico del Museo Nacional, 1888, Tomo 0, Docs. 19, 20, 27.
- Archivo Histórico del Museo Nacional, 1890, Tomo 1, Doc. 21.
- Archivo Histórico del Museo Nacional, 1893, Tomo 1, Docs. 2 y 9.
- Archivo Histórico del Museo Nacional, 1894, Tomo 1, Docs. 16, 21 y 56.
- Archivo Histórico del Museo Nacional, 1896, Tomo 1, Doc. 12.
- Archivo Histórico del Museo Nacional, 1902, Tomo 2, Doc. 7.
- Archivo Histórico del Museo Nacional, 1903, Tomo 2, Doc. 9.
- Archivo Histórico del Museo Nacional, 1910, Tomo 2, Doc. 40.
- Archivo Histórico del Museo Nacional, 1911, Tomo 3, Doc. 55.
- Becerra, Ricardo. “Enriquecimiento del Museo Nacional (Circular los Estados)”, *Documentos*, Archivo General de la Nación, Sección República, Fondo Secretaría de Instrucción Pública, 1881.
- Caicedo Rojas, José. “Informe del Conservador del Museo Nacional al Secretario de Estado en el Despacho de Instrucción Pública”. *Documentos*, AGN, Sección República, Fondo Secretaría de Instrucción Pública, 15 de noviembre de 1883, f. 60.
- Caicedo Rojas, José. “Informe sobre la marcha del establecimiento presentado al Secretario de Instrucción Pública”. Citado en: Segura, Martha. *Itinerario del Museo Nacional de Colombia 1823-1994*. Bogotá: Museo Nacional de Colombia, 1995, Vol. 1, 148 y ss.
- Caro, Miguel Antonio. “La raza latina”. En *Obras Completas*, 734-737. Bogotá: Imprenta Nacional, 1918-1923.
- Carrasquilla, Rafael María. *Sermones y discursos escogidos*. Bogotá: Kelly, 1953.
- Diario Oficial*, no. 8.690 (1892).
- Diario Oficial*, no. 12.123 (1904).
- Escallón, Rafael Espinosa. *Apéndice a la Guía del Museo Nacional*. Bogotá: Imprenta Nacional, 1907.
- Franco Vargas, Constancio. *Rasgos biográficos de los próceres y mártires de la Independencia*. Bogotá: Imprenta de M. Rivas, 1880.
- Gaceta de la Nueva Granada* [Bogotá], 1833, no. 80, 344.
- Ibáñez, Pedro María. “Prólogo”. En *Catálogo del Museo de Bogotá*. Ernesto Restrepo Tirado. Bogotá: Imprenta Nacional, 1912.
- Isaacs, Jorge. *Las tribus indígenas del Magdalena*. Bogotá: Ediciones Sol y Luna, 1967.
- Le Moyne, Augusto. *Viajes y estancias en la América del Sur. La Nueva Granada, Santiago de Cuba, Jamaica y el Istmo de Panamá, 1828*. Bogotá: Ministerio de Educación Nacional, 1945.
- Pombo, Fidel. *Breve Guía del Museo Nacional*. Bogotá: Imprenta de Colunje y Vallarino, 1881.
- Pombo, Fidel. *Nueva guía descriptiva del Museo Nacional de Bogotá*. Bogotá: Imprenta de La Luz, 1886.
- Pombo, Fidel. “Informe del Director del Museo Nacional al Ministro de Instrucción Pública”. *Documentos*, AGN, Sección República, Fondo

Secretaría de Instrucción Pública, 10 de junio de 1890, f. 84.

Restrepo Tirado, Ernesto. *Catálogo General del Museo de Bogotá*. Bogotá: Imprenta Nacional, 1912.

Vergara y Velasco, Francisco Javier. *Almanaque y guía ilustrada de Bogotá para el año de 1881*. Bogotá: Imprenta de Ignacio Borda, 1881.

Fuentes secundarias

Botero, Clara Isabel. *El redescubrimiento del pasado prehispánico en Colombia: viajeros, arqueólogos y coleccionistas, 1820-1845*. Bogotá: ICANH-CESO, 2006.

Chartier, Roger. "Marin, el discurso y la imagen. Poderes y límites de la representación". En *Escribir las prácticas. Foucault, de Certeau, Marin*, 73-99. Buenos Aires: Manantial, 1996.

Duncan, Carol. "Art Museums and the Ritual of Citizenship". En *Exhibiting cultures: the poetics and politics of museum display*, editado por Ivan Karp. Washington, D.C.: Smithsonian Institution Press, 1991.

Morales, Luis Gerardo. *Orígenes de la museología mexicana. Fuentes para el estudio histórico del Museo Nacional, 1780-1940*. México: Universidad Iberoamericana, 1994.

Palacios, Marco y Frank Safford. *Colombia: país fragmentado, sociedad dividida, su historia*. Bogotá: Grupo Editorial Norma, 2002.

Pérez, Amada Carolina. "Los conceptos de raza, civilización e historia en la obra de Miguel Antonio Caro: la articulación de un modelo de representación sobre los habitantes del territorio nacional". En *Biblioteca Virtual del pensamiento filosófico en Colombia*. Bogotá: Instituto de Estudios Sociales y Culturales PENSAR, 2008.

Pérez, Amada Carolina. "La memoria convertida en exhibición: adecuaciones de la sección de Historia Patria en el Museo Nacional de Colombia, 1880-1912". En *Del dicho al hecho, 200 años de independencia y ciudadanía en Colombia*, editado

por Francisco Ortega y Yobenj Chicangana. En prensa.

Quijada, Mónica. "Ancestros, ciudadanos, piezas de museo. Francisco P. Moreno y la articulación del indígena en la construcción nacional argentina (siglo XIX)". *Estudios interdisciplinarios de América Latina y el Caribe* 9, no. 2 (1998). http://www.tau.ac.il/eial/IX_2/quijada.html

Restrepo, Olga. "Un imaginario de la nación: lectura de las láminas y descripciones de la comisión corográfica". *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* 26 (1999): 30-58.

Riviere Viviescas, Luisa Fernanda. "Lo ideal en lo visual: arte y república en la Colección Franco-Rubiano-Montoya". *Cuadernos de Curaduría*, no. 9 (julio de 2009). <http://www.museonacional.gov.co/inbox/files/docs/ccfranco.pdf>

Rodríguez Prada, María Paola. "Origen de la institución museal en Colombia: entidad científica para el desarrollo y el progreso". *Cuadernos de Curaduría*, no. 6 (enero-junio del 2008). <http://www.museonacional.gov.co/inbox/files/docs/Aproximacionesalahistoria06.pdf>

Schaer, Roland. *L'invention des musées*. París: Gallimard, 1993.

Segura, Martha. *Itinerario del Museo Nacional de Colombia 1823-1994*. Bogotá: Museo Nacional de Colombia, 1995.

■ Fecha de recepción: 22 de enero de 2010

■ Fecha de evaluación: 19 de febrero de 2010

■ Fecha de aprobación: 5 de abril de 2010

Cómo citar este artículo

Pérez Benavides, Amada Carolina. "Hacer visible, hacerse visibles: la nación representada en las colecciones del museo. Colombia, 1880-1912". *Memoria y Sociedad* 14, no. 28 (2010): 85-106.